

CRÍTICA DE TEATRO

## Deslumbrante concierto a dos

**UN ANTES Y UN DESPUÉS**

**Autor:** Pedro Paiva  
**Compañía:** Los Modernos  
**Interpretes:** Pedro Paiva y Alejandro Orlando  
**Lugar y fecha:** Guaşch Teatre (7/IV/2006)

JOAN-ANTON BENACH

Amable lector: si nota usted que el *bajón*, que es el gen que gobierna los estados depresivos, anda por ahí dentro pidiendo guerra, no se preocupe. Acuda lo antes posible a una sesión de Los Modernos (Guaşch Teatre) y saldrá como nuevo, rebosante de alegría.

Aunque uruguayo-argentina, se trata de una terapia baratísima y necesariamente breve: no más de hora y cuarto. Y es que, de prolongarse diez o quince minutos más, usted no, pero los terapeutas Pedro Paiva y Alejandro Orlando, morirían en escena irremediadamente.

A quienes no vieron los dos *Desconcertos*—el *breve* y el *nuevo*— que Los Modernos ofrecieron con anterioridad en Barcelona, primero en el Club Capitol y luego en la Sala Muntaner, *Un antes y un después*, su tercer espectáculo, les garantiza una diversión brillante y original, con abundantes pasajes irresistibles y todos, absolutamente todos, sorprendentes. Quienes, en cambio, sí conocieron aquellas propuestas pre-

cedentes, tal vez noten que el magnético dúo les birla en algún momento el beneficio de la sorpresa, dado que hay algunos elementos que no son rigurosamente inéditos en este último ejercicio. Los matices que al final de la función se levantaban en el respetable por tal circunstancia eran muy claros. Tan claros, como aquellos comentarios entusiastas que coincidían en el propósito de repetir la saludable experiencia de dejarse llevar por el traqueante y torrencial galope de un humor inclasificable.

A diferencia de las parejas cómicas que en este mundo han sido y son, y que parten de un reparto de funciones más o menos explícito—el tonto y el listo, el risueño y el severo, el guapo y el feo, el torpe y el hábil, el gordo y el flaco...—, los dos Modernos se sitúan en un plano de rigurosa igualdad. Lo suyo es el unísono y la simultaneidad. Lo suyo es un concierto a dos—de hecho, no pocos fragmentos verborreicos son como números cantados—donde cada compás incluye un dato para el descoloque del público. Al poco de iniciada la greña, ambos actores proponen un minuto de silencio por “la paz mundial”. Minuto de respeto por la paz, en tantos lugares asesinada. Aquí no hay broma que valga. Pero... ¿de qué van esos tipos?

Concluye el minuto y Los Modernos se interesan... por Dios. ¡Vaya por Dios! Hay en el espectáculo una

recurrente alusión a la trascendencia que, en todos los casos, se desvanece en la pira de las palabras confusas y de los dobles sentidos. Y, una y otra vez, éstos y aquéllas dejan al hombre en su permanente extravío terrenal. No deja de ser curiosa esa deriva, que se produce en medio de un juego voraginoso de palabras ambivalentes, de resplandecientes homofonías, de equívocos percusiones. Hay como una oscura fascinación por el misterio de la palabra. En el principio era el verbo...

Y un dato de encomiable honradez. Lo bueno de Los Modernos es la organización de una soberbia pirotecnia verbal, en aras, al fin y al cabo, de un disparate inteligente, de un absurdo *razonable*, si es posible tal paradoja. Pero con sus malabarismos morfológicos, con sus pleonasmos, con sus sintagmas nominales, adjetivados o verbales... Paiva y Orlando no piensan estar descubriendo el Mediterráneo. Y así, en un punto álgido de la diversión, se cita a Raymond Queneau, como un reconocimiento de que los *Ejercicios de estilo* del francés, al igual, en cierto modo, que los *ircociervos* de Umberto Eco, están en la base de su ejercicio. Hay mucho cacumen en la charlatanería de esos grandes cómicos y una sincronía virtuosista entre ambos, tanto en la palabra como en el gesto. Del mucho material que manejan, me quedo con tres genialidades: la canción dedicada a *Jacqueline*, la parodia del flamenco y, sobre todo, el cuento de la Capercucita y el lobo, narrado en un estrafalario esperanto, destemillante.●